

CAPÍTULO XVII

De cómo el capitán Pánfilo, al arribar á la costa de África, en vez del cargamento de marfil que iba á buscar, vióse obligado á tomar una partida de madera de ébano.

Al día siguiente de su llegada al Havre, el capitán Pánfilo recibió medio quintal de pasas y seis docenas de tarros de confituras, los que dió orden á Doble-Boca de guardar en su despensa particular; después, se ocupó de los preparativos de marcha, que no fueron largos atendido á que el digno marino navegaba casi siempre en lastre, y, como se ha visto ya, hacía ordinariamente sus cargamentos en alta mar; de modo que, al cabo de ocho días, su bergantín doblaba la punta de Cherburgo y á los quince cruzaba entre los 47 y los 48 grados de latitud, siempre sobre la ruta que debía seguir la goleta *El Céforo* para ir de Nantes á Nueva York.

Resultó de esa sabia maniobra que una hermosa mañana en que el capitán Pánfilo, medio dormido y medio despierto, soñaba perezosamente en su hamaca, fué sacado de repente de su me-

dio sueño por el grito del marinero de vigía que señalaba una vela.

El capitán Pánfilo saltó de su hamaca, se apoderó de un antejo, y, sin perder tiempo en ponerse el pantalón, subió al puente de su barco. Esta aparición tan poco mitológica hubiera podido parecer inconveniente, quizá, á bordo de un navío más regular de lo que lo era *La Rochelana*; pero, preciso es confesar, para vergüenza de la tripulación, que ni uno de sus hombres hizo la menor extrañeza á esa notable infracción de las reglas del pudor, tan acostumbrados estaban á las extravagancias de su capitán, quien atravesó tranquilamente el puente, saltó sobre el pilarete, alcanzó una de las escalas de los obenques, y, con la misma flema que si hubiese estado cubierto con un traje más regular, se puso á examinar el buque á la vista.

Al cabo de un instante no tenía ya la menor duda: era el que buscaba; de modo que inmediatamente dió la orden de colocar los obuses sobre sus ejes y las piezas de á ocho sobre sus cureñas; después al ver que sus recomendaciones iban á ser ejecutadas con la prontitud ordinaria, el capitán Pánfilo ordenó al timonel seguir siempre la misma ruta, y bajó á su camarote á fin de presentarse delante de su colega el capitán Malvilain de una manera más decente.

Quando el capitán volvió á subir al puente, los dos barcos estaban á una legua próximamente el uno del otro, y se podía reconocer en el recién aparecido la honesta y grave marcha de un buque mercante que, á toda vela y con buen viento, hacía decentemente sus cinco ó seis nu-

dos por hora; de lo cual resultaba que, aun cuando hubiese intentado huir, la goleta *El Céforo* hubiera sido alcanzada, al cabo de dos horas, por el vivo y coquetón bergantín *La Rochelana*; pero no lo ensayó siquiera, confiando que estaba en la paz jurada por la Santa Alianza y en la extinción de la piratería, de la que había leído, ocho días antes de su partida, la necrología en *El Constitucional*. Continuó, pues, su marcha bajo la fe de los tratados, y no estaba más que á medio tiro de cañón del capitán Pánfilo, cuando las siguientes palabras resonaron á bordo de *La Rochelana*, y, llevadas por el viento, fueron á herir los oídos atónitos del capitán de *El Céforo*.

—¡Ohé la goleta! echad una chalupa al mar, y enviadnos al capitán.

Hubo una pausa de un instante, tras la cual las siguientes palabras, salidas de á bordo de la goleta, llegaban á su vez á *La Rochelana*:

—Somos el barco mercante *El Céforo*, capitán Malvilain, cargado de aguardiente y haciendo ruta de Nantes á Nueva York.

—¡Fuego! dijo el capitán Pánfilo.

Un resplandor de luz, acompañado de un torbellino de humo y seguido de una fuerte detonación, partió al momento de la proa de *La Rochelana*, y, al mismo tiempo, se percibió en el azul del cielo un trozo de la vela de mesana de la inocente é inofensiva goleta, que, creyendo que el barco que tiraba sobre ella le había entendido mal ó no le había comprendido, repitió de nuevo y más distintamente todavía que la primera vez:

—Somos el barco mercante *El Céforo*, capitán

Malvilain, cargado de aguardiente y haciendo rumbo de Nantes á Nueva York.

—¡Ohé la goleta! replicó *La Rochelana*; echad una chalupa al mar, y enviadnos al capitán.

Después, viendo que la goleta se resistía aún á obedecer, y que la pieza de á ocho estaba cargada de nuevo:

—¡Fuego! ordenó segunda vez el capitán Pánfilo.

Y vióse la bala arañar la superficie de las aguas é ir á alojarse en uno de los costados de la goleta, á diez y ocho pulgadas encima de la línea de flotación.

—En nombre del cielo, ¿quién sois y qué pedis? gritó una voz que resultaba todavía más lamentable por efecto de la bocina.

—¡Ohé la goleta! contestó impasible *La Rochelana*; echad una chalupa al mar, y enviadnos al capitán.

Esta vez, ora la goleta hubiese, bien ó mal, comprendido la intimación, ora fuese realmente sorda ó fingiese estarlo, no había medio ya de dejar de obedecer: una tercera bala encima de la línea de flotación, y *El Céforo* era echado á pique.

El desgraciado capitán no se tomó siquiera el trabajo de contestar, pero cuidóse de hacer visible, á todo ojo un poco ejercitado, que su tripulación se aprestaba á descender la chalupa al mar.

Á los pocos minutos, seis marineros se deslizaban, los unos tras los otros, por una cuerda; el capitán les siguió, sentóse en la popa, y la chalupa, destacándose de los costados de la go-

leta como un niño que abandona á su madre, hizo fuerza de remos para franquear la distancia que separaba *El Céforo* de *La Rochelana* y avanzó hacia estribor; pero un marinero subido sobre la mura del bergantín hizo señas á los remeros de que pasaran á babor, es decir, al costado de honor. El capitán Malvilain nada tenía que objetar: era recibido con los honores debidos á su rango.

En lo alto de la escalera, el capitán Pánfilo aguardaba á su colega; y como nuestro digno marino era hombre que sabía vivir, empezó por excusarse con el capitán Malvilain de las maneras que había usado para rogarle que le visitara; en seguida le pidió noticias de su mujer y de sus hijos, y, una vez tranquilizado acerca de su buena salud, invitó al comandante de *El Céforo* á entrar en su camarote, donde debía, dijo, tratar con él de un asunto importante.

Las invitaciones del capitán Pánfilo eran hechas siempre de una manera tan irresistible, que no había medio de rehusarlas. El capitán Malvilain se avino, pues, de buen grado, á los deseos de su colega, quien, después de haberle hecho pasar el primero, á pesar de las dificultades de cortesía que opuso á tanto honor, cerró la puerta tras él, ordenando á Doble-Boca que se esmerase, á fin de que el capitán Malvilain llevase una buena idea de la acogida que se le hacía á bordo de *La Rochelana*.

Al cabo de media hora, el capitán Pánfilo entreabrió la puerta y entregó á Jorge, que estaba de plantón en el corredor, una carta dirigida por el capitán Malvilain á su segundo; esta carta

contenía la orden de trasbordar á *La Rochelana* doce de las cincuenta pipas de aguardiente registradas á bordo de *El Céforo* bajo la razón social Ignacio-Nicolás Pelonge y Compañía. Eran, por tanto, dos mil botellas más de las que el capitán Pánfilo necesitaba; pero, como hombre precavido, nuestro digno marino había pensado en la merma que una navegación de dos meses acarrearía á su cargamento; por otra parte, él podía tomarlo todo, y pensando para sí en la omnipotencia de que su colega usaba tan sobriamente, el capitán Malvilain dió gracias á Nuestra Señora de Guerrande por haber salido tan bien librado.

Á las dos horas, el trasbordo había acabado, y el capitán Pánfilo, fiel á su sistema de cortesía, había tenido la fineza de hacer ejecutar su provisión durante la comida, de manera que su colega no viese nada de lo que pasaba. Estaban en los postres, cuando Doble-Boca, que se había excedido en la ejecución de la comida, fué á decir una palabra al oído del capitán: éste hizo con la cabeza un signo de satisfacción, y pidió el café. Pronto le fué servido, acompañado de una botella de aguardiente, que el capitán reconoció, á la primera copa, por el mismo que había bebido en casa del prefecto de Orleans; esto le dió una alta idea de la probidad del ciudadano Ignacio-Nicolás Pelonge, que tan fielmente servía sus pedidos exactamente iguales á las muestras.

Tomado el café, y acomodadas las doce pipas de aguardiente en las bodegas de *La Rochelana*, el capitán Pánfilo, no teniendo ya motivo alguno

para retener á bordo de su buque á su colega Malvilain, lo acompañó, con la misma galantería que le había recibido, hasta la escalera de babor, á cuyo pie le esperaba su chalupa, y donde le ofreció sus respetos y consideración, siguiéndole con la vista hasta *El Céfiro* con todo el interés de una amistad naciente; después, cuando le vió subido sobre el puente y reconoció en la maniobra que iba á emprender la marcha, llevó de nuevo á su boca la bocina, pero, esta vez, para desearle buen viaje.

El Céfiro, como si hubiese esperado su permiso, extendió todas sus velas, y, cediendo á la acción del viento, se alejó en seguida en dirección oeste, mientras que *La Rochelana* ponía proa hacia el mediodía. El capitán Pánfilo no dejó de seguir haciendo señales de amistad, á las cuales correspondió el capitán Malvilain, y sólo la noche, al suceder al día, interrumpió este cambio de buenas relaciones. Al día siguiente, al rayar el alba, los dos buques estaban fuera de la vista uno de otro.

Dos meses después del suceso que acabamos de narrar, el capitán Pánfilo arribaba á la embocadura del río Orange y lo remontaba, acompañado de veinte marineros bien armados, para hacer su visita á Outavari.

El capitán Pánfilo, que era muy observador, notó con extrañeza el cambio operado en el país desde que lo había abandonado. En lugar de aquellos campos de arroz y de maíz que mojaban sus raíces hasta la misma orilla, en lugar de los numerosos rebaños que pacían en la ribera, balando y mugiendo, apagando su sed en

sus bordes, no había más que tierras incultas y una soledad completa. Por un instante creyó haberse engañado y haber tomado el río de los Peques por el río Orange; pero, al tomar la altura, vió que su cálculo era cierto, y, en efecto, al cabo de veinte horas de navegación, llegó á la vista de la capital de los pequeños namaqués.

La ciudad no estaba poblada más que por mujeres, niños y viejos, los cuales estaban en la más profunda desolación, pues he aquí lo que había ocurrido:

Inmediatamente después de la partida del capitán Pánfilo, Outavaro y Outavari, engolosinados, el uno por las dos mil quinientas y el otro por las mil quinientas botellas de aguardiente que debían recibir á cambio de su provisión de marfil, se habían puesto cada uno por su lado á cazar; desgraciadamente, los elefantes se hallaban en un gran bosque que separaba los estados de los pequeños namaqués de los de los cafres, especie de terreno neutro que no pertenecía ni á los unos ni á los otros, y sobre el cual ambos jefes muy luego se encontraron; y al ver que unos y otros iban con el mismo objeto, y que la especulación del uno perjudicaría necesariamente la del otro, los fermentos del antiguo odio, inextinguible siempre entre el hijo de Oriente y el de Occidente, se encendieron de nuevo. Cada uno había partido para una misma caza; todos, por consiguiente, se encontraban armados para un combate, de suerte que, en lugar de trabajar de concierto para reunir los cuatro mil colmillos y de partir amigablemente su precio, algunos viejos de cabeza cana lo propusieron.

UNIVERSIDAD DE NUEVO L
BIBLIOTECA UNIVERSIT

"ALFONSO REYES

Edo. 1625 MONTERREY, MI

nieron á las manos, y, el primer día, quince cafres y diez y siete namaqüeses quedaron sobre el campo de batalla.

Desde entonces establecióse entre las hordas una guerra encarnizada é inextinguible, en la cual Outavaro había sido muerto y Outavari herido; pero los cafres habían nombrado un nuevo jefe y Outavari se había restablecido; de suerte que, encontrándose bajo el mismo pie que antes, la lucha tornó á empezar con igual ó mayor ardor, aportando cada país nuevos guerreros para reforzar á su partido. Por fin, intentóse por los dos pueblos un último esfuerzo para sostener á su respectivo jefe: todos los jóvenes mayores de doce años, y todos los hombres menores de setenta, se unieron á su ejército respectivo, y las fuerzas de las dos naciones habianse encontrado hacia pocos días, frente á frente, y una batalla general había decidido de la suerte de las armas.

He aquí por qué no había más que mujeres, niños y ancianos en la capital de los pequeños namaqüeses, y por qué, como hemos dicho ya, estaban todavía entregados á la más profunda desolación. En cuanto á los elefantes, se golpeaban alegremente los flancos con su trompa, y se aprovechaban de que nadie se ocupase de ellos para llegar hasta las mismas puertas de las ciudades á comer el arroz y el maíz.

El capitán Pánfilo vió al instante el partido que podía sacar de su posición; había tratado con Outavaro y no con su sucesor; estaba, pues, relevado con éste de todo contrato, y su aliado natural era Outavari. Recomendó, por tanto, á su gente, pasara una severa revista á sus fusiles

y á sus pistolas, á fin de asegurarse de que todo estaba en buen estado; después, habiendo ordenado á cada hombre municionarse con cuatro docenas de cartuchos, pidió un joven namaqüés bastante inteligente para que le sirviera de guía y midiera la marcha de manera de llegar al campo en plena noche.

Todo fué ejecutado con la mayor puntualidad é inteligencia, y al día siguiente, á eso de las once de la noche, el capitán Pánfilo era introducido en la tienda de Outavari, en el momento en que, habiendo decidido librar combate al otro día, aquél celebraba consejo con los grandes y los más sabios de la nación.

Outavari reconoció al instante al capitán Pánfilo con esa certidumbre y rapidez de memoria que distinguen á las naciones salvajes; así que, apenas le hubo percibido, se levantó y dirigióse hacia él, poniéndose una mano sobre el corazón y otra sobre la boca, para expresarle que su pensamiento y su palabra estaba de acuerdo con lo que iba á decirle. Pero lo que iba á decirle, y lo que le dijo en mal holandés, fué que habiendo faltado al compromiso contraído con el capitán Pánfilo, ya que no había podido tener preparada la mercancía convenida, su lengua que había mentido y su corazón que había engañado estaban á su disposición, y que no tenía más que cortar la una y arrancar el otro, para dárselos á comer á sus perros, como debe hacerse con la lengua y con el corazón de un hombre que no cumple su palabra.

El capitán, que hablaba el holandés como Guillermo de Orange, contestó que nada tenía

que hacer de la lengua y del corazón de Outavari; que sus perros estaban ahitos, por haber encontrado el camino sembrado de cadáveres de cafres, y que iba á ofrecerle un negocio mucho más ventajoso que lo que le proponía con tanta lealtad y tan desinteresadamente su fiel amigo y aliado Outavari: era éste el de secundarle en su guerra contra los cafres, á condición de que todos los prisioneros que se hicieran después de la batalla le pertenecerían por completo y en absoluto, con derecho á hacer de ellos él ó sus representantes lo que mejor les pareciera; el capitán Pánfilo, como se le veía en su estilo, había sido pasante de procurador antes de ser corsario.

La proposición era demasiado buena para ser rehusada; de modo que fué recibida con aclamaciones, no sólo por Outavari, sino por el consejo entero; el más viejo y más sabio de los ancianos quitóse por sí mismo su mascada de tabaco de la boca y su copa de los labios, para ofrecer una y otra al jefe blanco; pero éste dijo majestuosamente que era él quien iba á obsequiar al consejo, y ordenó á Jorge que fuera á buscar en su equipaje dos varas de zanahoria de Virginia y cuatro botellas de aguardiente de Orleans, que fueron recibidas y saboreadas con profundo reconocimiento.

Terminada la colación, y como fuese ya la una de la madrugada, Outavari envió á cada uno de sus consejeros á acostarse á su puesto, y quedó solo con el capitán Pánfilo á fin de preparar con él el plan de la batalla para el otro día.

El capitán Pánfilo, convencido de que el primer deber de un general es tener perfecto

conocimiento de las localidades sobre las cuales debe operar, y no teniendo esperanza alguna de procurarse un mapa del país, invitó á Outavari á conducirle hacia el punto más elevado de los alrededores, sobre los que el astro de la noche arrojaba una luz bastante viva para que se pudiese distinguir los objetos con tanta lucidez como por un crepúsculo de occidente.

Precisamente, una pequeña colina se elevaba sobre las lindes de la selva, en la cual estaba apoyada el ala derecha de las fuerzas de los namaqués. Outavari hizo seña al capitán Pánfilo de que le siguiera en silencio, y, marchando el primero, le condujo por caminos donde tan pronto veíanse obligados á dar saltos como los tigres, como á arrastrarse cual culebras. Afortunadamente, el capitán Pánfilo había pasado, en el curso de su vida aventurera, por mayores dificultades, tanto en los pantanos como en los bosques vírgenes de América; de suerte que él saltó y se arrastró tan bien, que al cabo de media hora de marcha había llegado con su guía á la cumbre de la colina.

Allí, por más habituado que estuviese el capitán Pánfilo á los grandes espectáculos de la naturaleza, no pudo menos de detenerse un instante á contemplar con admiración el que se desarrollaba ante sus ojos. La selva formaba un inmenso semicírculo, en el que estaba encerrado el resto de los dos pueblos: era éste una masa negra que proyectaba su sombra sobre los dos campos, y en el cual la vista hubiera intentado en vano penetrar, mientras que más allá de aquella penumbra, uniendo un extremo del semi-

círculo al otro, y formando la cuerda de un arco, el río Orange brillaba como un arroyo de plata líquida, al mismo tiempo que en el fondo el paisaje se perdía en aquel horizonte sin límites visibles, y más allá del cual se extiende el país de los grandes namaquéses.

Toda esta inmensa extensión, que conservaba, aún durante la noche, sus tintas vivas y cortadas, estaba iluminada por la luna brillante de los trópicos, que sólo conoce el que ha pasado una noche en medio de las soledades del continente africano; de cuando en cuando el silencio era turbado por los rugidos de las hienas y de los chacales que seguían á los dos ejércitos, y por encima de los cuales se elevaba, como el estampido del trueno, el rugido lejano de algún león. Entonces todo se callaba, como si el Universo hubiese reconocido la voz del amo, desde el canto del bengalí, que cantaba sus amores balanceándose en el cáliz de una flor, hasta el silbido de la serpiente que, enderezada sobre su cola, llamaba á su hembra elevando su azulada cabeza por encima del matorral; después, el león se callaba á su vez, y todos los diversos ruidos que le habían cedido el espacio dominaban de nuevo la soledad y la noche.

El capitán Pánfilo permaneció un instante, como hemos dicho, dominado por la impresión que debía producir un espectáculo semejante; pero ya sabemos que el digno marino no era hombre de dejarse desviar largo tiempo, por influencias bucólicas, de un negocio tan serio como el que le había llevado allí. Su segundo pensamiento le llevó, pues, de un salto, en medio de

sus intereses materiales; entonces vió, al otro lado de un pequeño arroyo que se escapaba de la selva é iba á arrojarse en brazos del Orange, todo el ejército de los cafres acampado y dormido bajo la vigilancia de algunos hombres, que, dada su inmovilidad absoluta, se hubiesen tomado por estatuas: al igual que los pequeños namaquéses, parecían estar decididos á librar la batalla el siguiente día, y esperaban á pie firme á sus enemigos.

Un solo golpe de vista bastó al capitán Pánfilo para medir su posición y calcular las ventajas de una sorpresa; y como su plan estaba suficientemente resuelto, hizo seña á su compañero de que era ya tiempo de volver á su campamento, lo cual hicieron con las mismas precauciones que lo habían abandonado.

Apenas de regreso en su campo, el capitán despertó á sus hombres, tomó doce con él, y dejó ocho á Outavari; y acompañado de un centenar de pequeños namaquéses, á los cuales su jefe ordenó seguir al capitán blanco, se internó en la selva, dió un gran rodeo circular, y fué á emboscarse con su tropa sobre las lindes del bosque que rodeaba el campamento de los cafres.

Una vez llegado allí, colocó algunos de sus marineros de distancia en distancia, de manera que entre dos de éstos hubiese de diez á doce namaquéses; después hizo acostar á toda su gente y esperó los acontecimientos.

Éstos no se hicieron esperar: á punto de día, grandes gritos anunciaron al capitán Pánfilo y á su tropa que los dos ejércitos venían á las manos. Presto una descarga de fusilería se mezcló

á aquellos clamores, y, al instante, todo el ejército enemigo volvió cara y se puso en precipitada fuga, tratando de ganar el bosque. Era lo que esperaba el capitán Pánfilo, que no tuvo más que presentarse con sus hombres á la vista de los fugitivos para completar la derrota.

Los desgraciados cafres, cercados por la cabeza y por la cola, encerrados, de un lado, por el río, y del otro por el bosque, ni siquiera trataron de huir; cayeron de rodillas creyendo que su última hora había llegado, y, en efecto, ni uno solo hubiera probablemente escapado de manos de los namaqueses, si el capitán Pánfilo no hubiese recordado á Outavari las condiciones de su convenio. El jefe namaqués interpuso su autoridad, y, en lugar de herir con sus mazas y con sus cuchillos, los vencedores se contentaron con atar las manos y los pies á los vencidos; terminada esta operación se recogieron, no los muertos, sino los vivos. Se dió juego á la cuerda que trababa sus piernas, y se les hizo, de grado ó por fuerza, caminar hacia la capital de los pequeños namaqueses. En cuanto á los que se habían escapado, nadie se inquietó por ellos; su número era demasiado pequeño para causar en adelante la menor inquietud.

Como esta grande y última victoria era debida á la intervención del capitán Pánfilo, tuvo todos los honores del triunfo. Las mujeres le ofrecieron guirnaldas; las jóvenes alfombraron de rosas el camino, y los ancianos le concedieron el título de *León blanco*, y todos juntos le dieron una gran comida. Terminados estos festejos y regocijos, el capitán, después de haber dado las gra-

cias á los pequeños namaqueses por su hospitalidad, declaró que el tiempo que podía dedicar á los placeres había transcurrido, y que era preciso volver al trabajo; en consecuencia, rogó á Outavari poner en libertad á sus prisioneros. Éste reconoció la justicia de esta pretensión, y le condujo á un gran cobertizo donde los había hacinado á todos el mismo día de su llegada, y donde los había olvidado desde este momento; pero, como habían transcurrido tres días, los unos habían muerto á consecuencia de sus heridas, los otros de hambre, algunos ahogados por el calor. Era, pues, tiempo ya, como se ve, de que el capitán Pánfilo pensase en su mercancía, porque ésta empezaba ya á averiarse.

El capitán Pánfilo recorrió las filas de los prisioneros, acompañado del doctor, reconociendo él mismo á los enfermos, examinando las heridas, asistiendo á la cura, separando los malos de los buenos, como hará el ángel el día del Juicio final. Después de esta visita, pasó al recuento: quedaban doscientos treinta negros en excelente estado.

Y éstos bien podía afirmarse que eran hombres á toda prueba: habían resistido al combate, á la marcha y al hambre. Se les podía vender y comprar con toda confianza; no había menoscabo alguno que temer; y tan contento quedó el capitán de su mercancía, que regaló á Outavari una pipa de aguardiente y doce anas de tabaco y zanahoria. En cambio de esta galantería, el jefe de los pequeños namaqueses le prestó ocho grandes canoas para conducir á todos sus prisioneros; y subiendo él mismo con su familia y los

más nobles de su reino en la chalupa del capitán, quiso acompañarle hasta el buque.

El capitán fué recibido por los marineros que quedaron á bordo con una alegría que dió al jefe de los pequeños namaqüeses muy alta idea del amor que inspiraba el digno marino á sus subordinados; después, como el capitán era, ante todo, hombre de orden, á quien ninguna emoción podía distraer de sus deberes, dejó al doctor y á Doble-Boca hacer los honores de *La Rochelana* á sus huéspedes, y bajó con los carpinteros al sollado del buque.

Y era que allí se presentaba una grave dificultad que demandaba nada menos que la inteligencia del capitán Pánfilo para ser resuelta. Al partir del Havre, el capitán había contado con un cambio; pero los objetos cambiados tomarían naturalmente el sitio los unos de los otros. Pero he aquí que, por un concurso de circunstancias inesperadas, no solamente el capitán Pánfilo tomaba, si que todavía añadía otros. Se trataba, pues, de encontrar un medio de alojar además, en un barco ya bastante cargado, doscientos treinta negros.

Felizmente se trataba de hombres; si hubiesen sido mercancías, la cosa era físicamente imposible; pero como es una tan admirable máquina la máquina humana, y está dotada de articulaciones tan flexibles, se sostiene por sí tan fácilmente, ya sobre los pies, ya sobre la cabeza, ora sobre el costado derecho, ora sobre el costado izquierdo, sobre el vientre ó sobre las espaldas, que fuera preciso ser muy torpe para no sacar partido de ello; así, el capitán Pánfilo encontró

muy pronto medio de conciliarlo todo. Al efecto, hizo transportar sus once pipas de aguardiente al foso de los leones y al pañol de las velas, pues no quería mezclar sus mercancías, temiendo, con razón, ó que los negros perjudicaran al aguardiente, ó que el aguardiente perjudicara á los negros; después midió la longitud de la sentina. Ésta tenía ochenta pies: era más de lo que hacía falta. Todo hombre debe sentirse satisfecho cuando dispone de un pie de terreno sobre la superficie del globo, y, por la cuenta del capitán Pánfilo, cada uno de sus prisioneros dispondría aún de una línea y media de más en el alojamiento que les preparaba. Como se ve, era todavía un lujo, y el capitán hubiera podido embarcar diez hombres más.

Resuelto el problema, el maestro carpintero, después de recibir las órdenes del capitán, procedió de la manera siguiente:

Estableció á babor y á estribor una plancha de diez pulgadas de altura, que formaba ángulo con la carena del buque y que debía servir para apoyar los pies; de esta manera, y gracias á este sostén, setenta y siete negros podían muy bien tenerse adosados á cada costado del navío, tanto más que, para impedir que rodaran los unos sobre los otros en caso de mal tiempo, lo que podía muy bien suceder, se colocó entre cada uno un anillo de hierro que debía servir para amarrarles. Es verdad que el anillo ocupaba algo del sitio con el cual había contado el capitán Pánfilo, y que, en vez de tener una línea y media de más, cada hombre se encontraba con tres líneas de menos; pero ¿qué son tres líneas

para un hombre? ¡Tres líneas! Sería preciso tener el espíritu muy apocado para preocuparse por tres líneas más ó menos, sobre todo cuando quedan ciento cuarenta y dos.

La misma operación se llevó á cabo en el fondo: los negros, así dispuestos en dos filas, dejaban todavía vacío un espacio de doce pies. El capitán Pánfilo hizo practicar en medio de ese espacio una especie de cama de campaña, de la misma longitud que los adosados; pero como no debía haber más que setenta y seis negros para llenarla, cada hombre ganaba media línea y tres dozavas partes de otra; por esto el maestro carpintero llamó muy juiciosamente al banco de en medio *el banco de los pachás*.

Como ese banco tenía seis pies de largo, dejaba á cada lado un intervalo de tres pies para el servicio y el paseo. Era, como se ve, más de lo que se necesitaba: por otra parte, el capitán no ignoraba que, al pasar dos veces bajo el trópico, la madera de ébano no podía dejar de menguar un poco, lo que, desgraciadamente, haría sitio para los más descontentos; pero toda especulación arriesgada y todo comerciante que está dotado de alguna previsión, debe siempre contar con la merma.

Una vez tomadas estas medidas, su ejecución correspondía al maestro carpintero; así que el capitán Pánfilo, habiendo cumplido su deber de filántropo, volvió á subir al puente para ver cómo se hacían los honores á sus apreciables huéspedes.

Encontró aún á Outavari, su familia y á los grandes de su reino en medio de un magnífico

festín presidido por el doctor. El capitán tomó sitio en el centro de uno de los extremos de la mesa, seguro de que podía descansar completamente sobre la destreza del ejecutor de sus órdenes.

En efecto: apenas hubo concluido la comida y habíase reembarcado en su piragua el jefe de los pequeños namaqüeses, su augusta familia y los grandes de su reino, cuando el maestro carpintero fué á decir al capitán Pánfilo que todo estaba terminado en el fondo del sollado, y que podía bajar para visitar la estiva, lo que hizo en seguida el digno capitán.

No se le había engañado: todo estaba maravillosamente en orden, y cada negro, fijado en el tablón, de manera que se podía creer que formaba parte del buque, parecía una momia que no esperaba más que la hora de ser puesta en su nicho: habíase ganado aún sobre los del fondo algunas pulgadas, de manera que se podía circular alrededor del espacio de las gigantescas parrillas sobre las cuales estaban tendidos.

Entonces fué cuando al capitán Pánfilo se le ocurrió la idea de añadir á su colección al jefe de los pequeños namaqüeses, su augusta familia y los grandes de su reino.

Afortunadamente para Outavari, apenas había sido transportado á su piragua real, cuando sus súbditos, que no tenían en el *León blanco* la misma confianza que su rey, habían aprovechado la libertad en que se les dejara para remar con todas sus fuerzas; de suerte que, cuando el capitán Pánfilo volvió á subir al puente con la maldita idea que por un momento acariciara en

su mente durante su visita al sollado, la piragua desaparecía en un ángulo del río Orange.

À su vista, el capitán Pánfilo lanzó un suspiro: eran quince ó veinte mil francos los que perdía por su culpa.

CAPÍTULO XVIII

De cómo el capitán Pánfilo, habiéndose deshecho ventajosamente de su cargamento de ébano en la Martinica, y de su alcohol en las grandes Antillas, volvió á encontrar á su antiguo amigo el Serpiente Negra, cacique de los Mosquitos, y compróle su cacicato por media pipa de aguardiente.

Tras dos meses y medio de una feliz travesía, durante la cual, gracias á los cuidados verdaderamente paternales que el capitán Pánfilo tuvo con su cargamento, no perdió más que treinta y dos negros, *La Rochelana* entró en el puerto de la Martinica.

Era un excelente momento para deshacerse de su cargamento; gracias á las medidas filantrópicas tomadas de común acuerdo por los gobiernos civilizados, la trata, expuesta hoy á riesgos ridículos, deja perder las colonias.

La mercancía del capitán Pánfilo estaba, pues, en gran alza, cuando arribó á San Pedro de la Martinica: así que no tuvo más que para los más ricos. Es preciso confesar también que todo

lo que llevaba el capitán eran verdaderas muestras de lo más escogido. Todos aquellos hombres apresados sobre un campo de batalla eran los más bravos y más robustos de su nación, y ninguno tenía la faz estúpida y la apatía animal de los negros del Congo: sus relaciones con el Cabo los había casi civilizado, no siendo más que semi salvajes.

Debido á esto, el capitán Pánfilo los vendió unos con otros á mil piastras, lo que le dió un total de novecientos noventa mil francos; de modo que, en su cualidad de capitán, como él tenía la mitad, encajóse él solo, descontado todo gasto, cuatrocientos veinte y dos mil francos, lo que, como se ve, era un bonito caudal.

Además, una circunstancia imprevista dió todavía ocasión al capitán Pánfilo para sacar ventajoso partido de otra porción de su cargamento. Como en vez de las cincuenta pipas de aguardiente que la casa Jackson y compañía de Nueva York esperaba recibir de la casa Ignacio-Nicolás Pelonge de Orleans, no recibió más que treinta y ocho, vióse obligada á faltar, á pesar de su fidelidad ordinaria, á algunos de los pedidos que le tenían hechos sus parroquianos.

Á su llegada á San Pedro se enteró el capitán Pánfilo de que las grandes Antillas estaban faltas de alcohol, y como á él le quedaban, si bien se recuerda, once pipas y tres cuartos de este licor, al que no había dado colocación, resolvió hacer vela para la Jamaica.

No se había engañado el capitán Pánfilo: los jamaiqueses sacaban horrorosamente la lengua á la vista del aguardiente, pues les faltaba desde

hacia tres meses: así que el digno capitán fué recibido como una verdadera Providencia. Pero, como no se regatea con la Providencia, el capitán vendió sus pipas á razón de veinte francos la botella, lo que añadió á su primer dividendo de cuatrocientos veinte y dos mil francos una nueva partida de cincuenta mil libras; la cual, adicionada á la primera, da un total de cuatrocientos setenta y dos mil francos; de modo que el capitán Pánfilo, que hasta allí no había deseado jamás sino el *aurea mediocritas* de Horacio, resolvió hacerse inmediatamente á la vela para Marsella, donde, reuniendo todos los fondos que tenía esparcidos sobre las diferentes partes del globo, podía realizar una pequeña fortuna de setenta y cinco á ochenta mil libras de renta.

Pero, el hombre propone y Dios dispone. Apenas el capitán Pánfilo había salido de la bahía de Kingston, una racha de viento le arrojó hacia la costa de los Mosquitos, situada al fondo del golfo de Méjico, entre la bahía de Honduras y el río San Juan.

Y, como *La Rochelana* había sufrido algunas averías y necesitaba un mastelero de juanete y un foque de botavante, el capitán resolvió bajar á tierra, aunque los naturales del país hubiesen acudido en tropel sobre el río, y que algunos, armados de fusiles, pareciesen dispuestos á oponer resistencia. Así, pues, habiendo hecho aparejar la chalupa y ordenado que se transportara á todo evento un pequeño obús de á doce que tenía su eje sobre la proa, bajó con veinte hombres, y, sin inquietarse por las demostracio-

nes hostiles de los indígenas, remó vigorosamente hacia la costa, resuelto á procurarse un mastelero de juanete y un foque de botavante á cualquier precio.

El capitán había calculado bien sobre el efecto de la demostración franca y precisa de su voluntad; pues á medida que avanzaba hacia el río, los naturales, que podían distinguir perfectamente á simple vista las disposiciones guerreras del capitán, retrocedieron hacia el interior de la isla, al fondo de la cual se percibía algunas miserables cabañas, sobre la más alta de las cuales flotaba una bandera demasiado alejada para poder distinguir las armas.

Resultó que, en el momento de arribar á tierra la chalupa, los dos bandos, siempre separados por el mismo espacio, se encontraban á mil pasos aproximadamente el uno del otro, distancia á la cual era difícil poder hablarse de otra manera que por señas: esto fué lo que hizo inmediatamente el capitán Pánfilo, que, apenas desembarcó, plantó en tierra su bastón, á cuyo extremo flotaba una servilleta blanca; lo cual en todos los países del mundo quiere decir que uno se presenta con disposiciones amistosas.

Esta señal fué sin duda comprendida por los Mosquitos, pues, tan pronto la hubieron percibido, el que parecía su jefe, y que en calidad de tal iba revestido de una vieja casaca de uniforme, que llevaba sin camisa y sin pantalón, probablemente á causa del calor, depositó en el suelo su fusil, su *tomahaw* y su puñal, y elevando las dos manos hacia el cielo para indicar que estaba sin armas, avanzó hacia el río. Esta

demostración fué comprendida al instante por el capitán con toda claridad; y, no queriendo quedar atrás, depositó también su fusil, su sable y sus pistolas sobre la orilla del río, elevó á su vez las manos al cielo, y avanzó hacia el salvaje con la misma confianza que demostraba éste.

Al hallarse á cincuenta pasos del jefe de los Mosquitos, el capitán Pánfilo se detuvo para mirarle con la mayor atención; parecía que aquel rostro no le era desconocido, y que no era aquella la primera vez que había tenido la honra de contemplarle. Por su parte, el salvaje parecía hacer reflexiones parecidas y el capitán trataba de despertar en su memoria algún recuerdo confuso é incierto; al fin, como no podían permanecer mirándose eternamente, se pusieron en camino, y, cuando estuvieron á diez pasos uno de otro, se detuvieron de nuevo, lanzando ambos á la par una exclamación de sorpresa:

—¡Heng! dijo gravemente el Mosquito.

—¡Calla! exclamó riendo el capitán.

—¡El Serpiente Negra es un gran jefe! añadió el hurón.

—¡Pánfilo es un gran capitán! replicó el marino.

—¿Qué viene á buscar el capitán Pánfilo en los dominios del Serpiente Negra?

—Dos miserables varetas de sauce, la una para hacer un mastelero de juanete y la otra para hacer un foque de botavante.

—Y ¿qué dará en cambio el capitán Pánfilo al Serpiente Negra?

—Una botella de aguardiente.

—¡El capitán Pánfilo sea bien venido! dijo el

hurón tras un momento de silencio, tendiendo la mano en señal de adhesión.

El capitán cogió la mano del jefe y la estrechó de manera de pulverizarla, en señal de que era negocio hecho. El Serpiente Negra soportó la tortura como verdadero indio, con la tranquilidad en los ojos y la sonrisa en los labios; visto lo cual por los marineros de un lado y los Mosquitos del otro, lanzaron á un tiempo tres grandes aclamaciones en señal de alegría.

—Y ¿cuándo dará el capitán Pánfilo el aguardiente? preguntó el hurón despegándose sus dedos.

—Al instante, respondió el marino.

—Pánfilo es un gran capitán, dijo el hurón inclinándose.

—El Serpiente Negra es un gran jefe, repuso el marino saludándole.

Después, ambos se dieron la espalda con la misma gravedad y volvieron con paso igual cada uno hacia su bando, á fin de darles cuenta de lo que había pasado.

Una hora después, el Serpiente Negra tenía la botella de aguardiente, y la misma tarde, el capitán Pánfilo había encontrado dos palmeras que cumplían precisamente su necesidad.

Sin embargo, como el maestro carpintero pedía ocho días para poner su mastelero y su foque en estado de servicio, el capitán, juzgando que la buena inteligencia podía ser interrumpida durante este lapso entre su tripulación y los indígenas, hizo tirar sobre la ribera del río una línea que no podrían, bajo ningún pretexto, traspasar los marineros. El Serpiente Negra, por

su parte, fijó también ciertos límites á su gente, que recibió la orden de no franquear. Después, en medio del espacio que separaba los dos campamentos, se levantó una tienda de campaña, que debía servir de salón de conferencias á los dos jefes cuando sus negocios respectivos exigieran el reunirse.

Al día siguiente, el Serpiente Negra se encaminó hacia la tienda, con la pipa en la mano. El capitán Pánfilo, viendo las disposiciones pacíficas del jefe de los Mosquitos, avanzó también, por su parte, con la pipa en la boca.

El Serpiente Negra había vaciado su botella de aguardiente y deseaba otra. El capitán Pánfilo, sin ser muy curioso, estaba intrigado por saber cómo había vuelto á encontrar en el istmo de Panamá, y jefe de los Mosquitos, á un hombre que había dejado sobre el río San Lorenzo, siendo jefe de los hurones.

Y, como ambos estaban dispuestos á hacer algunas concesiones para obtener lo que deseaban, se abordaron como dos amigos encantados de volverse á ver. Bien pronto, como prueba de completa fraternidad, el Serpiente Negra cogió la pipa del capitán Pánfilo, y el capitán Pánfilo la del Serpiente Negra, y ambos se arrojaron gravemente bocanadas de humo sobre el rostro.

Después, tras un instante de silencio, dijo el Serpiente Negra:

—El tabaco de mi hermano rostro pálido es muy fuerte.

—Lo que quiere decir que mi hermano piel roja desea refrescarse la boca con aguardiente, contestó el capitán.

—El aguardiente es la leche de los hurones, repuso el jefe indio con una dignidad desdeñosa que demostraba sentir, por aquella parte, toda su superioridad sobre los europeos.

—Que mi hermano beba, pues, dijo el capitán Pánfilo sacando una calabaza de uno de sus bolsillos, y cuando el biberón esté vacío, se volverá á llenar.

El Serpiente Negra cogió la calabaza, la llevó á sus labios, y del primer trago vació lo menos un tercio.

El capitán la tomó en seguida, la sacudió para calcular poco más ó menos el déficit, y, llevándola á sus labios, le dió una embestida que no cedió en nada á la de su convidado. Éste quiso volverla á coger á su vez.

—Un momento, dijo el capitán, colocando entre sus piernas la calabaza vacía en los dos tercios; hablemos un poco de lo que ha ocurrido desde que no nos hemos visto.

—¿Qué desea saber mi hermano? preguntó el jefe.

—Tu hermano desea saber, contestó el capitán Pánfilo, si has venido aquí por mar ó por tierra.

—Por mar, respondió lacónicamente el hurón.

—Y ¿quién te ha conducido?

—El jefe de los vestidos encarnados.

—Que el Serpiente Negra desate su lengua y cuente su historia á su hermano el rostro pálido, replicó el capitán Pánfilo presentando de nuevo la calabaza al hurón, que la vació de un trago.

—¿Mi hermano me escucha? preguntó el jefe, cuyos ojos comenzaban á animarse.

—Él escucha, contestó el capitán, empleando para la respuesta el mismo laconismo que había dictado la pregunta.

—Cuando mi hermano me hubo abandonado en medio de la tempestad, dijo el jefe, el Serpiente Negra continuó remontando el río hacia sus orígenes, no en su barca, que estaba destrozada, sino siguiendo á pie la orilla. Así marchó cinco días todavía, y se encontró sobre las márgenes del lago Ontario; después, atravesando á York, hubo bien pronto ganado el lago Hurón, donde estaba su *wigwam*; pero, en su ausencia, habían ocurrido allí grandes acontecimientos.

»Los ingleses, á fuerza de rechazar y perseguir á los pieles rojas, habían llegado poco á poco hasta las orillas del lago Superior; y el Serpiente Negra encontró su ciudad habitada por los rostros pálidos y su plaza tomada por los extranjeros que ocupaban el hogar de sus antepasados.

»Entonces se retiró á las montañas donde el Otalawa tiene su nacimiento y llamó á sus jóvenes guerreros, los cuales desenterraron el *tomahaw* y acudieron en torno suyo, en tan gran número como los antes y los gamos, antes que los rostros pálidos hubiesen parecido en las fuentes del Delaware y del Susquehennah. Á su vista, los rostros pálidos tuvieron miedo y enviaron, en nombre del gobernador, una embajada al Serpiente Negra. Se le ofrecieron seis fusiles, dos barriles de pólvora y cincuenta botellas de aguardiente, si quería vender la casa de sus padres y el campo de sus abuelos, y en cambio de esto, se le daría además la tierra de los Mos-

quitos, que acababa de ser cedida por la república de Guatemala á los rostros pálidos.

»El Serpiente Negra resistió largo tiempo, por muy tentadoras que fuesen sus ofertas; pero tuvo un día la desgracia de probar el aguardiente, y desde entonces todo fué perdido: consintió en el trato, y el cambio se hizo. El Serpiente Negra arrojó una piedra por detrás de su espalda, diciendo:

»—Que el Manitú me arroje lejos de sí como yo hago con esta piedra, si jamás vuelvo á poner el pie en los bosques, en las praderas ó sobre las montañas que se extienden desde el lago Erié al mar de Hudson y desde el lago Ontario al lago Superior.

»En seguida se le condujo á Filadelfia, hizose subir sobre un barco y se le transportó á la isla de los Mosquitos; entonces el Serpiente Negra y los jóvenes guerreros que le habían acompañado levantaron las chozas que mi hermano puede ver desde aquí. Cuando fueron concluidas, el jefe de los rostros pálidos plantó sobre la más grande la bandera de Inglaterra y volvió á subir sobre su navío, dejando al Serpiente Negra un papel escrito en una lengua desconocida.»

Á estas palabras, el Serpiente Negra sacó suspirando un pergamino de su pecho y lo desdobló ante los ojos del capitán Pánfilo: era el acta de cesión que le había sido hecha de todos los terrenos situados entre la bahía de Honduras y el lago de Nicaragua, bajo la protección de Inglaterra, y con el título de cacique de los Mosquitos.

El gobierno británico se reservaba la facultad

de hacer construir uno ó varios fuertes, en los parajes que le pluguiera escoger, sobre las tierras del cacicato.

Inglaterra es la nación previsora por excelencia: presumiendo que un día ú otro se abriría el istmo de Panamá, ya en Chiapa, ó ya en Cartago, había procurado con antelación fundar un Gibraltar americano entre el océano Atlántico y el océano Boreal.

Leyendo el acta, ocurriósele al capitán Pánfilo una singular idea; él había especulado en todo: en té, café, añil, bacalao, monos, osos, aguardiente y cafres; le quedaba por comprar un reino.

Sólo que éste le costó más caro de lo que desde luego se había prometido, y no á causa de la mar abundante en pesca que bañaba las costas, ni tampoco á causa de los altos cocoteros que sombreaban el río, ni menos todavía á causa de los extensos bosques que cubrían la cadena de montañas que corta el istmo en dos y separa los guatemaltecos de los Mosquitos, no: todo eso era asaz indiferente al Serpiente Negra; pero, en cambio, tenía en grande estima el sello encarnado que decoraba el bajo de su pergamino. Desgraciadamente, no había acta sin sello, pues aquel sello era el de la cancillería de Londres.

El sello costó al capitán Pánfilo ciento cincuenta botellas de aguardiente, pero, en trueque, obtuvo también el pergamino.